pueblo lleno de savia civilizadora y de noble ímpetu creador, se lanzaba a la conquista de los más altos ideales, sucedieron las jornadas infaustas, en las cuales el vicio, la intriga y las ambiciones inmoderadas hundieron la potente fortaleza donde la espiritualidad más depurada se alzó como llamarada de genial ímpetu constructivo entre las tinieblas de un mundo todavía en formación. ¡Triste destino el de las colectividades humanas cuando dejan invadir sus cuadros de mando por la turba de los peores, erigidos en magnates omnipotentes, dispuestos a sacrificarlo todo en aras de su insaciable pasión!

Pero de la democracia griega todavía pueden extraerse otras lecciones. Ese régimen, como todas las formas conocidas de gobierno, sufre de modo irremediable la usura del tiempo; pero cuando pierde el sentido del equilibrio, no lo recupera ya jamás, pasando casi sin posible remedio de la anarquía a la dictadura. Atenas es también ejemplo vivo de que el gobierno de un pueblo exige para perdurar dos condiciones esenciales: la existencia de jefes dignos y prudentes y un Estado sólidamente afianzado sobre instituciones bastante prestigiosas para contener toda corrupción y cualquier posible arbitrariedad. Ahora bien: tras de un Pericles, nacido para mandar, aureolado con la luz de los grandes destinos, aparecen una serie de epígonos, cuya fuerza no es otra sino la de halagar los bajos instintos y los más elementales apetitos de la masa. La política se hace entonces demagogia, y la democracia acaba devorándose a sí misma.

Roma, incluso después de dominar el mundo

© 2012 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación